

HALLAZGO DE SARMIENTO EN UNAMUNO

¡Concedióse jamás el triunfo a quien no sabe perseverar!

¡Por qué en mi país, donde tuve antecedentes bastante a hacer la posición de diez hombres, me ha costado conquistar a punta de la espada el terreno que pisé!

Cansado de luchar por tener aire para vivir.

¡No he reconocido más autoridad que la mía!

Soy siempre el mejor testigo que pueda citarse contra mi.

Ser, en la historia de su país, un hombre, ser Sarmiento, que valdría mucho más que ser presidente por seis años, o juez de paz de una aldea.

SARMIENTO

Hay que ayudar a la secreción y fomentar el proceso descompositivo; hay que libertar la cultura de la civilización que la ahoga; hay que romper el quiste que esclaviza al hombre nuevo.

UNAMUNO

Obra de modo que tu acción pueda servir de norma a todos los hombres.

KANT

INSTALACION

Leímos los ensayos de Miguel de Unamuno. En aquellos que examina la literatura hispanoamericana, está el rastro de su admiración por Domingo Faustino Sarmiento. De éste escribió: *Y como esto espero probarlo cuando dedique un largo estudio, o acaso todo un libro — que bien se lo merece...* (1).

(1) *Sobre la literatura hispanoamericana*. Ensayos T. I., pág. 855. Aguilar.

Debió advertir Unamuno que el proyecto de su libro se diluía en el tiempo. Los esquemas mentales quedaron contenidos en sus notas de interpretación de la vida y la literatura de la América del Sur.

Tales esquemas no lograron conformar un libro. Bastan, sin embargo, para perfeccionar la gloria de Sarmiento. La más nítida figura del moderno pensamiento español, exaltó los valores insertos en la vida y en la obra de Sarmiento. Lo conquistó su rotunda personalidad. Es obvio que en España —y aún entre nosotros— era menester —para interpretar la acción y el pensamiento del insurgente argentino— un corazón lo suficientemente ancho como para sentir la cálida presencia del intérprete de la revolución americana, *la más justa de las revoluciones*, apellido que le dio el general José María Paz.

Nos sumergimos en las páginas de Unamuno. De ellas, extraemos un ser —el que nos pertenece— en la proyección que le dio Unamuno: *hombre, combatiente, escritor, anti-español*. Valga la disciplina para ayudar a la comprensión de dos hombres —Sarmiento y Unamuno— que crecen como crecen las montañas en la medida en que nos establecemos en su inmediato contorno.

I

SARMIENTO, EL HOMBRE

Toda internación profunda en una obra intensa, o en una vida arduamente trabajada, es una manera de tomar posesión de nuestro ser estricto. No poseemos a esa obra o esa vida: *nos poseemos*. Es una forma de la realización espiritual. Es la fijación de un plano elevado de la individualidad, una altitud ideal que caracteriza el rango del hombre. *Querer* es ya *querernos*. El ser que elegimos para el amor, la amistad o la veneración contiene siempre algo que es de nuestra per-

tenencia. Nos contiene, por eso nos pertenece (2). Es lo que ocurre con el espejo. Al asomarnos al espejo, no es el espejo aquello que buscamos. Procuramos establecer contacto con nuestro exterior: verificar si el sujeto externo se ajusta a la idea que abrigamos del individuo interno. En el espejo, nos ajustamos. No esperamos hallar una persona distinta sino *reencontrarnos*. La imagen del espejo es la imagen que buscamos porque es el ser que hemos realizado. Las personas del amor, de la amistad y de la veneración, son otras tantas imágenes especuladas. Son las personas que nos contienen, siempre *nosotros* mismos.

De suerte pues que apasionarnos es la tentativa de encajar el ser en aquello que es el móvil de nuestra acción. Todo movimiento del ser no es más que la tendencia hacia su consagración, una genuina demanda de eternidad, la búsqueda de Dios en sí mismo. No existe por supuesto otra perspectiva que la del hombre. ¿Qué hombre? El hombre que nos pertenece, el que va con nosotros, el ser que amamos porque es el que ha de proyectarnos por encima de los tiempos. Y este ser único que somos, esta evidencia del hombre, es la posibilidad inmediata para comprender a los hombres. Es decir, sentirlos como nos sentimos, amarlos como nos amamos.

Indagar en torno de Sarmiento —vida y obra— es un asomarse por el balcón que se orienta hacia un paisaje que nos pertenece. Todo lo grande que hizo fue un modo singular de sentir su vida. Y la perspectiva histórica que proyectó su genio arisco es la dimensión de un hombre, un ser poseído de fe religiosa que marchó siempre hacia sí mismo como una manera de ir hacia los hombres. Al ubicarnos pues en el balcón, no es posible detenernos en las etapas que compusie-

(2) Quiero salir al paso a los que puedan decir que, llevado de ese que llaman mi egotismo, me he puesto a mí mismo en este ensayo a cada paso. Ciertamente es, lo confieso, pues odio la hipocresía. Cuando quiero o admiro, o meramente estimo, a un hombre, me lo incorporo a mí, en mí lo veo, y a mí en él. UNAMUNO, *Sobre la tumba de Costa*. Ensayos, T. I., pág. 924. Aguilar.

ron la existencia de Sarmiento: maestro, escritor, periodista, soldado, presidente. Sarmiento caracterizó un momento singular en el desarrollo de la criatura humana. Sarmiento es el hombre que fijó la impronta de su originalidad, su sino profundo, su pasión gobernada: ser Sarmiento. Este *ser Sarmiento* no fue una manera superficial del comportamiento vital. *Ser Sarmiento* fue una consigna, una demanda, una urgencia para la fijación del rastro del hombre y la genialidad que iba consigo. Ser, para Sarmiento, implicó una categoría del hombre. Por eso pudo decir: *¿Concedióse jamás el triunfo a quien no supo perseverar?* (3). Tamaña obstinación le venía de sus sangres desesperadas. *Hacer* era una forma de *ser*. ¿Ser qué? No tuvo ambiciones personales. Las alternativas políticas de la patria, lo instalaron en planos eminentes. Ni los ministerios ni la Presidencia del país, obnubilaron su conciencia de jornalero (4). Sarmiento iba hacia la conquista de su inmortalidad puesto que marchó hacia la consagración del hombre, certitud que *valdría mucho más que ser Presidente por seis años, o juez de paz de una aldea* (5). Y esta entidad, franca y gozosa, es la que se nos echa encima en cuanto hurgamos en los momentos que compusieron su vida. Todo queda lejos: origen, nombre, cargos y títulos. Sarmiento —como apellido— es un periplo de la nacionalidad. Sus hechos, sus proezas, sus hazañas, pertenecen a la historia nativa. En cambio, por debajo de la pura historia, persiste la imagen del hombre y su hombridad. (6).

(3) *Facundo*, pág. 33. La Cultura Popular, 1933.

(4) Dejo los ministerios para los que no los quieran; la Presidencia a los que tienen provincias que explotar, y la gloria, para los que saben comprarla. *Epistolario de Sarmiento y Posse*, pág. 45. T. I. Museo Histórico Sarmiento, 1946.

(5) Palabras pronunciadas por Sarmiento en el Senado de la Nación, en vísperas de presentar su renuncia al cargo de Ministro del Interior. N. del A.

(6) Hombridad es la cualidad de ser hombre, de ser hombre entero y verdadero, de ser todo un hombre. UNAMUNO, *Sobre la argentinidad*. Ensayos, T. II, pág. 1067. Aguilar.

Para él, para el hombre, son las más conmovidas palabras de Unamuno:

Y, por último, que el llamar buen hombre ⁽⁷⁾ al gran Sarmiento —a quienes pocos han hecho más justicia que yo— arguye que mi admiración a su genio no empiece mi cariño al hombre, tal como a través de sus escritos se revela. Y es por lo que empleé esa frase que suena cariñosa y familiar ⁽⁸⁾.

Confieso mi debilidad por Sarmiento. No desperdicio ocasión de citarle y hablar de él y he hecho que lo lean no pocos amigos míos ⁽⁹⁾.

Aquel vigoroso y genialísimo Sarmiento que se anticipó en muchas cosas a pensadores europeos, en cuyo nombre juran en América ⁽¹⁰⁾.

Ya lo decía el gran Sarmiento, el argentino, cuando le preguntaban por qué se le atribuían tantos dicharachos mordaces: *¡Bah, siempre se presta al rico!* ⁽¹¹⁾.

Los grandes historiadores son también autobiográficos. Los tiranos que ha descrito Tácito son él mismo. Por el amor y la admiración que les ha consagrado —se admira y se quiere aquello que se execra y que se combate. ¡Ah! ¡Cómo quiso Sarmiento al tirano Rosas!— se los ha apropiado él mismo ⁽¹²⁾.

Aquél (Sarmiento) admiraba y admirar es un modo de querer a éste (Rosas) casi tanto como Milton a Satanás o Lord Byron a Caín ⁽¹³⁾.

Acordáos de Sarmiento. Con respeto, sí, con el respeto que conquista a brazo partido el hombre genial, pero, aunque con respeto, se le llamó loco ⁽¹⁴⁾.

...ese aventurero de mala fe, rapaz, mendaz e incapaz que es Primo de Rivera, a quien he de aplastar como Sarmiento a Rosas ⁽¹⁵⁾.

Aquel admirable Discurso de la Bandera del máximo Sarmiento, loco en vida y genio hoy ⁽¹⁶⁾.

Y si tengo a Sarmiento, su paisano, por un escritor co-

(7) Recuerda Unamuno el tratamiento de *bueno* que dio a Sarmiento en los ensayos *El resorte moral* y *Sobre la literatura hispanoamericana*. N. del A.

(8) *La ciudad y la patria*. Ensayos, T. II, pág. 1119. Aguilar.

(9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17) Tomado del libro *Sarmiento y Unamuno*, de Darío Cúneo. Poseidón, Buenos Aires.

(14) *La envidia hispánica*. Ensayos, T. II, pág. 401. Aguilar.

mo tal escritor portentoso, es porque escribió siempre de la grosura de su corazón; con ímpetu, hablando de lo que escribía (17).

Esto es la pura verdad —debo declarar con la “modestia que me caracteriza?”— empleando una frase que he aprendido de Sarmiento, aquel noble y desinteresado egotista (18).

II

SARMIENTO, EL COMBATIENTE

Aproximarse a Sarmiento es ir al encuentro de una verdad. Lo vigente es lo existencial. La vida es una realidad que se computa a través de la pasión con que ha sido vivida (19). Sarmiento hizo de su vida un acto verdadero. Nacido en una latitud de desvalimiento espiritual, le fue menester llenar su existencia de originales invenciones. Descubrirla en sí mismo. Imprimirle un sentido superior. Ser original (e imprimimos al adjetivo el sentido que tenía para los griegos la palabra *oró*, es decir, *excitar*, *dar el primer impulso*) no constituyó una postura egotista sino una actitud espontánea del hombre. Lo original estaba en los entresijos del ser, en las evidencias de su genio. Quien tuvo que ser el arquitecto de su propia individualidad, por fuerza tenía que aparecer insólito. No prestar acatamiento a la costumbre, en Sarmiento, fue para sus contemporáneos un rasgo de excentricidad. Empero, sus actitudes estuvieron exentas de soberbia. Fiel a sus necesidades espirituales, el orbe colonial español limitaba sus energías cósmicas. Y lo que secuestra simpatías en Sarmiento es el dominio de la voluntad, el arrojo civil que le permitió componer una estampa humana arquetípica. Lograrla implicaba quebrantar los resabios de la tradicional cultura colo-

(17) *Algo sobre la crítica*. Ensayos, T. II, pág. 1009. Aguilar.

(18) La vida es corta y es preciso vivirla y dejarle rastro de nuestro paso. SARMIENTO, *Epistolario de Sarmiento y Posse*. T. II, pág. 511. Museo Histórico Sarmiento, 1946.

nialista hispana. En suma, comprendió que el área geográfica de San Juan ⁽²⁰⁾ contenía, en pequeño, los defectos que postergaban el desarrollo moral y espiritual del país.

La Revolución de Mayo cortó amarras con la metrópoli ibera, pero España permanecía en América con su presupuesto de alma medieval. Hacia el rescate de un alma propia y nativa, orientó Sarmiento la puja de sus sueños mejores. El alma argentina —la sugestiva alma de América— tenía necesariamente que ser americana. ¿Cómo podía ser conformada? ¿Quién la intuyó? Sus esencias estuvieron en la propia Revolución. La energía insurreccional de Sarmiento había de abrirle nuevos caminos a la aventura total. Y en cierto modo, el alma argentina es el alma de Sarmiento. El contribuyó a que el país adquiriese una fisonomía argentina, una emoción argentina, una esperanza argentina. Es decir, que tuviera todo aquello que poseía Sarmiento. Lo dijo: *Combatimos por volver a las ciudades su vida propia* ⁽²¹⁾. *La vida propia* de las ciudades era el sentido que de la vida social tenía Sarmiento ⁽²²⁾. Forzoso era imprimirle a las ciudades una savia vigorosa, una energía fecunda. Las ciudades argentinas tenían que descubrir su propio acento. Sarmiento sabía que todo se alcanza con fe. Era preciso amar. Y amar es amarse. Trabajó en grande. Quiso hacer un país a su imagen y semejanza ⁽²³⁾. Para ello se fortificó en esta sentencia: *Las dificultades se vencen; las contradicciones se*

⁽²⁰⁾ Tengo por fin la acción en pequeño es verdad, pero la acción y en tres años de gobierno les mostraré los puños que Dios me ha dado. SARMIENTO, *ob. cit.*, pág. 103, T.I.

⁽²¹⁾ *Facundo*, pág. 110. La Cultura Argentina, 1933.

⁽²²⁾ Mi plan de política tenderá a mejorar las condiciones sociales de la gran mayoría, por la educación y por la mejor distribución de la tierra; por el mejor servicio del ejército y la milicia, a fin de que los hereditariamente desvalidos empiecen a mirar el gobierno con menos prevención, pues sienten que este gobierno (Mitre) no es el de ellos. La empresa es difícil pero digna de acometerla. SARMIENTO, *ob. cit.* T. I, pág. 188.

⁽²³⁾ ...si me dejan le haré a la historia americana un hijo. SARMIENTO, *ob. cit.*, T. I, pág. 171.

acaban a fuerza de contradecirlas (24). El trabajo fue una fórmula que animó todas sus horas: *Trabajen, trabajemos. Esto une y no las necesidades de la política* (25). Fórmulas simples indicaron la presencia del constructor. Una: *Nunca el mal ha triunfado definitivamente* (26). Otra: *Educación, educación y nada más que educación* (27). Otra más: *Nada podemos dar a los que perseveran ¡nada! excepto ideas* (28) ¡ Las fórmulas simples contuvieron a un ser que todo lo esperó de sí mismo. Así quiso a su patria y a los hombres de su tierra. La altísima lección moral, aun tiene vigencia.

Afirmación de Unamuno: *La vida es milicia*. Reflexión de Rafael Barret: *Lo importante no es trabajar sino trabajarlos*. Convicción en Sarmiento: *No hay opinión activa si no es la de los que tienen propósitos* (29). Definiciones que caracterizan la naturaleza del existente, del ser que ha descubierto que el valor de la vida reside en la historia. Se cuentan historias allí donde hubo hechos que referir. Y si la torre de marfil —recinto ideal para la evasión— complace al ser conformista, lo cierto es que no hay leyenda de los que *desertan* sino de los individuos que se *conciertan*. Sarmiento, Barret, Unamuno, fueron cabales individualistas. Mas, el concepto de la individualidad no los arrojó al nihilismo. Sintieron la necesidad espiritual de aproximarse a los hombres, quebrar la soledad, establecer el diálogo. Y en la profunda realización de su destino más alto, en la demanda vital, las ideas y las palabras expresaron el sentimiento de la solidaridad. Combatieron. Combatieron por lo *suyo*. En lo *suyo* se hallaba implícita la comunidad.

Sarmiento —de él hablamos— convirtió a su travesía en un arduo combate, perpetuo agonista de sus ideas. Una-

(24) *Facundo*, pág. 35. La Cultura Argentina, 1933.

(25) *Epistolario de Sarmiento y Posse*. T. I, pág. 70.

(26) *Facundo*, pág. 35. La Cultura Argentina, 1933.

(27) *Epistolario entre Sarmiento y Posse*. T. I, pág. 153.

(28) *Facundo*, pág. 35. La Cultura Argentina, 1933.

(29) *Epistolario entre Sarmiento y Posse*. T. I, pág. 273.

mino lo sintió en unidad, como un ser que residía en su sangre. Y confesó así su admiración:

Me parece que fue uno de los grandes aciertos de Sarmiento el de escoger la figura de Facundo Quiroga para trazar en torno de ella el cuadro de la lucha entre la civilización y la barbarie... (30).

Con muy profundo sentido —lo he dicho antes de ahora— agrupó Sarmiento en torno a la figura de Facundo la historia de la lucha entre la civilización y la barbarie en la Argentina.

Aprovecho el recuerdo. Ahí está Sarmiento que en visión histórica y fuerza de expresión plástica no es inferior a Taine, superándolo en otros conceptos, así como cede ante él en muchos. También Sarmiento era un caricaturista; también su *Facundo* es una caricatura, como lo es siempre, en mayor o menor grado, todo retrato verdaderamente artístico. También Sarmiento acentuó unos rasgos de su héroe y atenuó otros. Y así es como en su *Facundo* nos ha dejado un retrato caricaturesco.

Y aquí he de hacer una breve digresión, para hacer notar que la caricatura no implica necesariamente lo grotesco y lo cómico. Hay deformaciones épicas que engrandecen al deformado.

Los retratos que Sarmiento nos ha dejado de Facundo, de Rosas, de Aldao, del cura Castro, de don Domingo de Oro, son, sin duda, soberanas deformaciones, son verdaderas caricaturas; pero ¡qué diferencias con las deformaciones de Taine! Este, el francés, deformaba fríamente, con regla y compás, según un sistema de coordenadas, con arreglo a una psicología mecanicista, mientras que el argentino deformaba, por amor o por odio, por pasión. El uno deformaba, caricaturizaba con la cabeza; el otro, con el corazón. Y yo me quedo con el segundo.

No tiene Mitre la genialidad bravía y robusta de Sarmiento... (31).

Sarmiento, en su *Facundo*, libro lleno de vislumbres, dijo que el mal de la República Argentina era su extensión;

(30) *Don Quijote y Bolívar*. Ensayos, T. II, pág. 705, Aguilar.

(31) *Taine, caricaturista*, Id., pág. 1137.

pero, esto, dicho así, en seco, necesita ser aclarado. Porque extensos son los Estados Unidos. El mal de la Argentina, en tiempos de Sarmiento, era, más que la extensión, lo poco poblada de ésta, y la dificultad y la largura de sus comunicaciones (32).

Pero siempre se levantará sobre todo la figura grande y hermosa de aquel luchador (Sarmiento), henchido de entusiasmo, rebosante de imaginación, sobre todo repleto de fe en sí mismo, que fue su resorte vital mientras le tomaban por loco los esclavos del sentido común (33).

La civilización nació en las ciudades y es ciudadana. Sarmiento tuvo en esto, como en otras tantas cosas, visión penetrante y larga... (34).

Pero hay veces en que al leer ciertas cosas se me ocurre pensar que el bueno de Sarmiento, llevado de su optimismo europeizante, de aquella fe candorosa que sentía por la influencia moral del frac y de los modales que él llamaba civilizados, no previó que pudiera llegar día en que haya que acudir a la barbarie —a lo que él llamó barbarie— para curar lo que llamaba civilización, y murió sin haber sospechado tal vez que sin el espíritu de Rosas habría perdido a su patria el espíritu de Rivadavia o el del mismo Sarmiento (35).

Y ahora os digo: a la Argentina le ha valido más *el loco* Sarmiento que unas leguas cuadradas más en la Patagonia (36).

...continuador de la obra de los Sarmiento, de los Alberdi, de los Mitre, y otros grandes conductores de su pueblo (37).

El sano patriotismo es inclusivo. Ejemplo de éste tenemos en aquel soberano Discurso de la Bandera del gran Sarmiento, cuando llamaba a los pueblos todos de la tierra, empezando por los más afines, a construir la futura República Argentina (38).

(32) *La ciudad y la patria*. Id., pág. 1119.

(33,34) Tomado del libro *Sarmiento y Unamuno*, de Dardo Cúneo. Poseidón.

(35) *El resorte moral*, Ensayos, T. II, pág. 393. Aguilar.

(36) *Historia y novela*. Id., pág. 1186.

(37) *Sobre la argentinidad*. Id., pág. 1067.

(38) *Algo sobre la crítica*. Id., pág. 1009.

III

SARMIENTO, EL ESCRITOR

Las ideas constituyen una instalación en las problemáticas de la sociedad. Y son las ideas las que dan noticias del ser. Tener ideas pues es una manera de solicitar ubicación en el diálogo con los seres y las cosas. La presencia de Sarmiento en el recinto nacional respondió a la decisión de quien no reconoció más autoridad que la suya⁽³⁹⁾. Fue un modo de realizar al hombre por la acumulación de hazañas, retratarse en los hechos, dejar la evidencia de su rastro. No regateó compromisos. Estuvo siempre en la descubierta. Sus ideas le pertenecieron. La emoción recóndita brotó de la Revolución. Fue un intérprete de la Revolución en lo que ésta tuvo de alteración profunda. Es lo que da sustancia a esa personalidad absoluta aun en los hechos menudos. Porque aún sorprenden las ideas de Sarmiento. Cuestiones inopinadas, jamás lo tomaron sin poder expresar una idea categórica. El hombre Sarmiento llevaba consigo al genio. Es cierto. Pero, además, Sarmiento era un ser que estaba preocupado por las necesidades de la patria. Sabía de su indigencia. Acerca de cada uno de los áridos problemas de la nacionalidad, había meditado largamente. Y para todos, hallado la solución que aconsejaban las circunstancias. No fue caprichoso, fantasista. Pulero en el juicio, se apasionaba por su defensa. Imponer sus ideas no implicó el sometimiento de los hombres. Creía en la libertad⁽⁴⁰⁾. De ahí que no respondiese a otra autoridad que la suya. Y cuando funciones ejecutivas le impusieron conducir a los hombres, su *autoridad* no se transformó en *despotismo*.

¿Qué es aquello que perfecciona la inmortalidad de Sar-

⁽³⁹⁾ No reconozco más libertad que la mía! SARMIENTO.

⁽⁴⁰⁾ Yo creo en la libertad. SARMIENTO, *Epistolario entre Sarmiento y Posse*. T. I., pág. 41. Museo Histórico Sarmiento, 1946.

miento? Fue una voluntad decidida al servicio de sus ideas. Todo estaba por hacerse en el país. No hurtó sus energías. Era preciso cauterizar las heridas producidas por la larga dictadura, reecontrar la patria, verticalizarla. Donde no hubo fe, sobró la suya. El cargo vacante, lo ocupó su brazo. Inventó las ocupaciones. No estuvo ocioso. Y todo lo acometió con bravura, con tosudez. Perfilaba así la presencia de un jornalero que soñaba rehacer la patria con los mismos materiales con que forjaba su desbordante personalidad. Porque un cerebro perfectamente regulado, le suministraba las ideas que eran menester para superar un instante mezquino de la patria. Y como las ideas se expresan por la palabra, escribió y habló. Participó siempre del diálogo. Estuvo en la divulgación de sus ideas, trabajador infatigable por el porvenir de la nacionalidad. Sintió la fruición del hombre libre, de la comunidad libertaria. Quiso una tierra —la suya— que por un momento pudiera decir como él: ¡No reconozco más autoridad que la mía!

Ideas y palabras —lo que pertenece al ser profundo de Sarmiento— se hallan en sus libros. Este Sarmiento que se nos adelanta, al leerlo, es el *ser hombre* que reclamaba, de todos los argentinos, para su patria. Así lo reconocemos. Así lo vio Miguel de Unamuno. Lo sintió a lo hondo. Se lo apropió. Y cuando leemos las páginas que Unamuno dedicara al recuerdo de Sarmiento, es fácil establecer en qué medida Unamuno está inmerso en las alusiones exegéticas. La proximidad espiritual se descubre en la pasión con que ambos, seres de carne y hueso, padecieron el sentimiento trágico de la vida.

Unamuno tomó al hombre en la totalidad. Partió, pues, del escritor. De esta manera llegó hasta él. Es decir, a través de la palabra. O, lo que es igual, a través de la idea. La palabra es el juego de las ideas: la idea *del* escritor y la idea que *yo* propongo acerca del escritor. Nos instalamos en un recinto de ideas. O más exactamente: en un recinto de cla-

ridades. Es obvio que Unamuno comprendió inmediatamente a Sarmiento. Habían partido de próximas latitudes: de sí mismo, del hombre hacia el individuo. Es natural que en la patria del hombre se encontrasen. El impulso y la fuerza de Sarmiento —lo que es su eternidad— es trabajo de escritor, oficio de la palabra. Escribió Sarmiento: *Es preciso ser honrado el que habla, y las demás virtudes le vienen por añadidura, si tiene dilatado el corazón*. Unamuno halló la vertiente cordial de Sarmiento pues de él dijo que escribía de la *grosura de su corazón*. La palabra de Sarmiento tenía una función: convencer, no vencer. Fue un ser insumiso. Estuvo en la latitud que fijó Sarmiento. Sus ideas le pertenecieron. Y cuando en su tierra le cerraron los caminos de la acción, se refugió en la palabra. Hizo su aparecimiento el escritor. Ideas y palabras fueron la definición de Sarmiento, es decir, del escritor. La pluma se convirtió en una herramienta. El y sus ideas existían en la destrucción y en la construcción. Rebelde e inconforme, convirtió en realidad la sentencia de Herbert Read: *Para crear vida, para promover el progreso, para suscitar interés y vivacidad, es necesario quebrar las formas, modificar estructuras, cambiar la naturaleza de nuestra civilización* ⁽⁴¹⁾. Escritor así constituido, no solicitó la venia de nadie para pensar. Fue un escritor libre, en libertad. En suma, el perfecto escritor. Porque el escritor es libre, o no es escritor. Es la disyuntiva. Las posiciones han de ser categóricas, cuanto más definidas, mejor. Es preciso comprometerse: con *esto* o contra *aquello*. El escritor ha de instalarse en una posición. Hecho lo cual, perfilará su presencia insobornable tal como lo reclamaba Pablo Casals: *Pienso que el hombre debe hacer lo que considera correcto y negarse a transigir con el mal. Un artista no puede vivir en una torre de marfil, exento de toda responsabilidad con la sociedad*. Una toma de posición es, por supuesto, una responsabilidad. Eso tiene

(41) *Arte, poesía y anarquismo*, pág. 8. Editorial Reconstruir.

que ser el escritor : responsable. Y una conciencia lúcida no puede estar sometida a los prejuicios de *simpatía o antipatía*. *La vida es un arma*, afirmó Rafael Barret. La vida es el arma del escritor que en un ámbito hostil tendrá necesariamente que arremeter contra los negadores de la vida. Porque la vida es el hombre, no un ser particular, representativo, individualizable, sino el Hombre como entidad universal. Y se coloca frontalmente a los enemigos del hombre. Es lo que hizo Sarmiento. Y como escritor en libertad, se dispuso a construir el mundo de mañana, un continente hábil para todos, vinculados los seres por una fuerza secreta e indudable: el amor.

Y si el mundo que dejó Sarmiento no es precisamente el que soñara, lo cierto es que ese mundo fue posible por la fidelidad a sus ideas y el sentimiento de su libertad, ese destello de luz que permite al escritor intuir que todo camino sirve a la revolución y que nada es duradero fuera de la revolución.

Mas, Sarmiento no fue específicamente un escritor, lo que en la actualidad se reconoce como *escritor*. El escritor de hoy tiene una presencia categórica. Existe en la medida en que escribe. Y aun cuando no participe de otros negocios, es sustancialmente un escritor. En Sarmiento como en Moreno, como en José María Paz, el escritor aparece como un fenómeno de las circunstancias históricas que promovió su voluntad de acción, su temperamento creador, la poderosa imaginación.

La prensa periódica se convirtió para Sarmiento en trinchera. Escribir no entrañó una pasión estética. Escribir fue un modo de aproximación a los hechos, a las cosas, a los hombres (42) Sarmiento fue un sujeto orteguiano : fue *él y su circunstan-*

(42) Es preciso no malograr la ocasión de habituar a los pueblos a entenderse, comunicarse. Es preciso que no quede burlada esta suprema tentativa de hacer algo por la civilización. SARMIENTO, ob. cit., T. I., pág. 47.

—Son estos desperdicios de un tiempo que empleo útilmente, y de una actividad mental que me cura sin abatimiento hace ocho me-

cia. Y todos los impulsos —la fuerza tremenda de su genio— se disolvía en las páginas ardidas y ardientes. El periódico canalizó la tempestad de sus ideas. No alcanzó a ser, tampoco, un periodista en la acepción profesional que se le confiere hoy. Fundó y dirigió periódicos. Actuó como redactor en otros. En Sarmiento fueron estas incursiones incidentales. El periodismo fijaba históricamente los acaceres de su militancia en el afán de transformar el país con el aporte de sus ideas norteamericanas (43). La pluma fue su arma. La mayoría de sus libros están constituidos por artículos periódicos en la prensa. *Facundo* y *Vida de Dominguito* son el resultado de sendos folletines. Lejos estaba Sarmiento de intuir que el prestigio del hombre público iba a ser fortalecido por la labor porfiada del escritor (44). Confió en el papel impreso —periódico, folleto, libro— como elemento vital para la difusión del pensamiento, como instrumento de cultura, como artífice de la libertad individual (45). Por ello reclamó la participación de José Posse —su entrañable cofrade tucumano— en una aventura periodística, en estos términos: *para*

ses. Ya te habrá llegado la *Vida de Lincoln*; va en camino mi *Discurso* en Rodhe Island, y hoy he dado la última mano a la última página impresa de *Las Escuelas*... Informé al gobierno argentino con 360 páginas en cuarto mayor. Es un sinapismo sobre educación para que promuevan eficazmente la difusión de la enseñanza... Y lo hice conocer desde que llegué en cada producción de mi pluma por pequeña que fuese. (Aut. y ob. Citds., págs. 160/1).

(43) Y creí avanzar con mis ideas norteamericanas. SARMIENTO, ob. cit. T. I, pág. 123.

—Ni cree tampoco que ha de desarmarlos con su programa norteamericano. Las palabras de Jefferson, citadas por Sarmiento en su discurso, son muy buenas para el pueblo norteamericano; para nosotros no son más que una teología de buen sabor. JOSÉ POSSE, *Epistolario entre Sarmiento y Posse*. T. I., pág. 190. Museo Histórico Sarmiento, 1946.

(44) Padezco una desgracia y es haber pensado, escrito y obrado veinte años antes que mis discípulos. SARMIENTO, ob. cit. T. I, pág. 143.

(45) Un vacío siento y tú pudieras llenarlo. Falta un escritor en la prensa. Chile conserva aún el capital creado por sus escritores ahora veinte años. Con la realidad que yo pudiera crear, no alcanzaré a formar una opinión pública. Quisiera ser yo mi propio órgano. SARMIENTO, ob. cit., T. I, pág. 234.

que escribiésemos un diario que con nuestros dos nombres asociados llevase la palabra y las ideas a todos los extremos de la República. Estoy resuelto a ponerme de pie y llenar mi misión, pero necesito colaboradores, pues la tarea ha de ser tan noble como vasta. Espero tener hoy mismo seguridades de poseer una imprenta que ya está funcionando. Con sólo cambiarle el título hago una revolución en las ideas (46).

Tenía fe en sí mismo, en su vehemencia de constructor. *Me emborracho pensando en las cosas que el vulgo cree imposibles* —escribió— *y yo las hago hacedoras en cuanto de mí dependen, a fuerza de crearlas tales* (47). Obstinación de escritor, fiel a un tiempo y su realidad histórica. Sarmiento interpretó la filosofía (48) de la Revolución de Mayo, dimensión abierta por Mariano Moreno, otro escritor que sintió el imperativo de su conciencia revolucionaria. La revolución americana fue una revelación de ideas americanas (49).

(46) DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, *ob. cit.* T. II, pág. 547.

(47) *Ibid.* y *ob. cit.* T. II, pág. 591.

(48) La filosofía es madre de toda emancipación, de toda libertad, de todo progreso social. ALEJANDRO KORN, *Obras completas*, pág. 143. Claridad.

(49) La historia de un pueblo no es nunca la obra de un acaso. No procede tampoco de una improvisación apoyada por coyunturas extrañas a su conciencia civil. La historia de un pueblo es la expresión inconfundible de una voluntad en acción, de una voluntad engendrada en las profundas entrañas del etnos a cuya desarrollo en el tiempo y en el espacio concurren, con una energía más o menos esforzada y ostensible, todas las potencias del etnos. Por lo mismo que esa voluntad se define como una decisión a cumplir los más altos valores, ella está imbuida de reflexión moral, de la reflexión moral inherente a la libre elección de los motivos de sus hechos. Un conglomerado amorfo y carente de esa íntima tesitura, de esa íntima disposición para la auto-determinación, puede perpetrar hechos de mayor o menor estridencia, pero esos hechos no serán nunca históricos, sino meramente instintivos o impulsivos.

Y por lo que concierne a la influencia del pensamiento foráneo en las decisiones de esa vida histórica, es siempre un factor incidental de valor harto relativo. Ningún pueblo debe su independencia a lecciones ajenas.

Todos los pueblos libres son libres por su poder y por la segura conciencia de su poder. SAUL TABORDA, *La concepción facúndica de la historia*. Revista-homenaje a D. Martín García, pág. 79. La Plata, 1943.

En el estupendo crisol, abogados hubo que se convirtieron en militares. Otros, organizaron y escribieron. Escribieron también los generales. Porque los pensadores y los soldados estuvieron al servicio de la libertad del hombre. Bolívar fue un Libertador, pero su inmortalidad pertenece al vigor de sus ideas universales. Y la gloria de Moreno y Sarmiento —tenaces combatientes— permanece en los libros que contienen hoy el esfuerzo cotidiano de la prensa en la difusión de las ideas. Y son válidas para Sarmiento las palabras con que Norberto Piñero instala a Moreno en el libro que reúne sus páginas dispersas: *Fue un hombre de acción, un político, y un hombre de pensamiento, un escritor o poco menos; pero no fue un escritor de profesión, y habría sido raro que lo fuese, a principios de siglo, en un país en que hoy mismo el oficio de escritor, excepto el de escritor de diarios, no existe en realidad. En Moreno primaba el hombre de acción. Moreno el escritor era sencillamente un medio —iba a decir un instrumento— al servicio de Moreno el político, el estadista, el reformador o el revolucionario. Moreno no ha escrito por amor al arte* (50).

Lo importante para ellos fue escribir, que era una manera de vivir. Las reacciones políticas preocupan a Sarmiento no tanto por el goce de su libertad personal cuanto *por miedo que a mí me priven de escribir...* (51). ¿El arte del escritor? No contó para él. Vivió una hora fundamental, pues le fue menester organizar los instrumentos de la libertad. Era su consigna. Es la insignia de todo escritor, pues la libertad individual, la libre condición del hombre, está amenazada incluso por los escritores que malbaratan su tiempo en la dilucidación de las ínfimas cuestiones del arte y omiten la interpretación de los arduos conflictos sociales.

(50) NORBERTO PIÑERO, *Escritos políticos y económicos de Mariano Moreno*, pág. 9, La Cultura Argentina 1913.

(51) DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, *ob. Cit.*, T. II, pág. 545.

¿Cómo vio don Miguel de Unamuno a Sarmiento el escritor? De esta manera:

Y así, en los escritores y pensadores argentinos he buscado, no a esos sociólogos traducidos, o a esos poetas en un tiempo modernistas, y hoy no sé qué, que me dicen mejor o peor —generalmente peor—, lo mismo que estoy harto de oír aquí sino aquellos más de su tierra, más verdaderamente nativos, pero nativos de verdad, y no tampoco por moda de criollismo literario y macaneante, a aquellos que me revelan la argentinidad latente. Y he aquí por qué he sido tan devoto lector y tan entusiasta panegirista de Sarmiento. Sin mucha eficacia aquí.

Sin mucha eficacia, repito. A raíz de una conferencia que di en el Ateneo de Madrid, y en que hablé como suelo siempre hacerlo del gran Sarmiento, surgió entre algunos jóvenes ateneístas la idea de dirigir a la Junta de aquel Centro de cultura una instancia pidiendo que adquiriera para la biblioteca las obras de aquél. Y no debieron de haberse adquirido, por cuanto al ir a dar, uno o dos años después, una conferencia en aquel mismo Centro, Rojas, tuvo que procurarse el *Facundo*, los *Recuerdos de Provincia* y los *Viajes* de mi librería particular, pues en Madrid no pudo obtenerlos. Hace pocos días ha pronunciado un discurso en ese mismo Centro, Belisario Roldán; ha sido estrepitosamente aplaudido, y la prensa toda se ha deshecho en elogios a su elocuencia. En ese discurso habló de Sarmiento, según mis noticias, con la conmovida devoción con que debe hablar todo argentino de aquel genio a quien tantas veces se le trató de loco en vida por la ironía canalla. Pues bien: os aseguro que no ha conseguido Roldán el que uno solo de sus oyentes se haya decidido a pedir siquiera una de las obras de Sarmiento⁽⁵²⁾.

Sarmiento fue un autodidacto y un ególatra —¡Dios se lo haya pagado!— y un petulante con la más simpática y heroica de las petulancias, pero no un pedante. No necesitó acumular citas de autores europeos que leyera para contarlos de *Facundo* Quiroga. Y su *Facundo* vive mientras mueren esos *Facundillos* homúnculos incubados a fuerza de psicopatología, de sociología y de otras logias por el estilo⁽⁵³⁾.

⁽⁵²⁾ *Sobre la argentinidad*, Ensayos, T. II, pág. 1067. Aguilar.
⁽⁵³⁾ 54, 55, 56, 57, 58. Tomado del libro *Sarmiento y Unamuno*, de Dardo Cúneo. Poseidón.

Cuando me dicen de un hombre que habla como un libro, contesto siempre que prefiero los libros que hablan como hombres.

Y éste es uno de los encantos que para mí tiene Sarmiento: su prosa hablada, y a veces agitada.

Ya sé que a muchos de éstos —¿los llamaré modernistas?— les parecerá una herejía literaria el que trate de presentar a Sarmiento como un prosista, y, sin embargo, así es. Lo tengo por un gran prosista, inmensamente superior a todos los que andan tachando de los párrafos asonancias y repeticiones y buscando discordancias gramaticales, y no digo superior a los que vuelcan el diccionario en sus escritos y hacen un artículo para colocar una palabreja, porque éstos no son prosistas, ni buenos ni malos. Son otra cosa ⁽⁵⁴⁾.

De vuestro Sarmiento suele decirse que escribió incorrectamente. ¡Que vá! Escribía muy bien, en una lengua personal, admirable ⁽⁵⁵⁾.

Y resulta que todas sus recetas no llegan a tener estilo. y que le tiene, y muy brioso y muy propio, aquel otro hombre, no literato tan sólo, que jamás se cuidó de que en un párrafo suyo hubiera o no asonancia ni estuvo fraguado su decir en el molde de las voluptuosidades acústicas. Y así —vuelvo a citar a un americano y el más grande de ellos entre los que escribieron—, Sarmiento, que nunca se paró en tecniquerías, tiene estilo y no lo tienen esos señoritos que se pasan la vida piroleándose los unos a los otros. Y Sarmiento le tuvo porque no se preocupó de tenerlo, ni fue orfebre, sino un recio forjador que batió el hierro en caliente, sobre un yunque levantado en medio del campo, al aire abierto, y no en torre de marfil. Y, sobre todo, porque fue un hombre patriota, preocupado por los problemas que importan a su pueblo ⁽⁵⁶⁾.

Mucho le diría de Sarmiento escritor o estilista si se quiere. Su estilete sí que es su estilo, y no el de Rodó, verbigracia. Desalineados —¿qué quiere decir esto?— fueron Santa Teresa y Bernal Díaz, dos de nuestros grandes escritores cuyos libros hablan como hombres. Lo detestable es el hombre que habla como un libro ⁽⁵⁷⁾.

El estilo está en hombres como Sarmiento y es él el que lo hace. Los que se ponen a hacer estilo es que no lo tienen ⁽⁵⁸⁾.

Vea usted con Martí me ocurre lo que con Sarmiento, otro buen escritor porque es incorrecto (59).

Hay dos libros argentinos, famosos ya, y típicos: el uno es una historia (a-novelada), y el otro una novela histórica. Claro está que me refiero al *Facundo* de Sarmiento, y a la *Amalia* de Mármol. En el primero halló ancho campo el genio de Sarmiento, ejerciendo su imaginación, con más o menos realidad, sobre los hechos históricos comprobables (60).

Nunca tomé a *Facundo* de Sarmiento por una obra histórica ni creo que pueda salir bien librada juzgándola en tal respecto. Siempre me pareció una obra literaria, una hermosísima obra literaria, una verdadera novela a base histórica. Para los argentinos que deseen depurar, corroborar y consolidar su incipiente tradición nacional está bien que se esfuercen por asentar sus figuras nacionales sobre sólido cimiento histórico. Pero atrae mucho más la leyenda que no la historia. Y el *Facundo* de Sarmiento es un *Facundo* de leyenda (61).

IV

SARMIENTO, EL ANTI-ESPAÑOL

Unamuno pertenecía a la estirpe de los españoles estrictos. Amó a España en lo universal, en su eternidad, en su quiñotería. España significó, en un instante singular de su historia, la más bella aventura del espíritu humano. Hacia ese sino imponderable enderezó la apasionada búsqueda de lo español don Miguel de Unamuno (62). Llevaba consigo el impulso generacional de 1898. Y vuelto hacia las cosas que hicieron la grandeza de España (63), hurgó en el ámbito de

(59) *Prosa acitada. Ob. cit.*, T. II, pág. 1197.

(60) *Literatura y literatos. Ob. cit.*, T. II, pág. 1189.

(61) *Historia y novela. Ob. cit.*, T. II, pág. 1181.

(62) Y para mí, una de las cosas más tristes para España sería que los españoles pudiésemos volvernos frívolos y joviales. Entonces dejaríamos de ser españoles para no ser ni europeos siquiera. UNAMUNO, *Sobre la europización. Ensayos*. T. I, pág. 897. Aguilar.

(63) ¿No vale la pena de renunciar a esa agradable vida de Francia a cambio de respirar el espíritu que puede producir un Cervantes, un Velázquez, un Greco, un Goya? (*Aut. y ob. citds.*, pág. 896).

lo español. Hispanoamérica no pudo permanecer extraña a la preocupación españolista de Unamuno. No se detuvo, por supuesto, en lo anecdótico de la conquista y la colonia. Le preocupó el hallazgo del espíritu español, de la España inmortal. Y los escritores latinoamericanos le dieron el pulso de su recóndita emoción hispana. No ignoró la existencia de San Martín, Belgrano ⁽⁶⁴⁾, Bolívar, Paz, Artigas, Facundo. Las noticias le llegaron a través de las biografías ⁽⁶⁵⁾. Los escritores americanos le proporcionaron alternativamente los elementos para la ubicación espiritual de las individualidades ⁽⁶⁶⁾ señeras en esta parte del mundo. Y, por añadidura, el rasgo peculiar de lo español subyacente en el hombre hispanoamericano.

Unamuno iba hacia lo español, hacia la españolidad. Era vasco ⁽⁶⁷⁾. España fue en él una síntesis espiritual. Puesto del lado de la aventura, el quijotismo era la esencia de lo español. Quijotismo buscó y halló en estas tierras de España. El testimonio se lo suministró la literatura. Desde Bolívar ⁽⁶⁸⁾ a Sarmiento —magníficos arquetipos de la locura cervantina— los individuos singulares de América le dieron la medida de lo entrañable de España. Y al definir la pasión romántica de Bolívar ⁽⁶⁹⁾, inquiera Unamuno: *¿Y no es qui-*

(64) ...uno de los grandes aciertos de Mitre el de tomar a Belgrano y a San Martín para agrupar en torno de ellos la historia de la emancipación de las repúblicas del Plata y aledañas. UNAMUNO, *Don Quijote y Bolívar*. Ensayos. T. II. Aguilar. pág. 706.

(65) Puede y debe decirse que hasta hoy la América ha producido más hombres de acción que contemplativos de pensamiento puro; sus Aquiles superan a sus Homeros; por lo general los historiadores, habiéndolos tan notables, no llegan a la talla de los historiados. (*Aut. y ob. citds.*, pág. 707).

(66) Ante todo, los hombres. Siempre me ha interesado más el individuo que la muchedumbre, las biografías que las historias generales y la psicología más que la sociología (*Aut. y ob. citds.*, pág. 706).

(67) ...como vasco que soy por los treinta y dos costados (*Aut. y ob. citds.*, pág. 708).

(68) Sí; españoles y quijotescos. Bolívar fue uno de los más fieles adeptos del quijotismo (*Aut. y ob. citds.*, pág. 708).

(69) Conocida es la anécdota, que he leído en RICARDO PALMA (*Mis últimas tradiciones peruanas y cachivacherías*, Barcelona, 1906) sobre

jotismo aquello que en 11 de agosto de 1826 decía a Gual, el plenipotenciario colombiano en el Congreso proyectado de Tacubaya, continuación del Panamá, de que promoviera la expedición libertadora a Cuba y Puerto Rico para poder marchar luego con mayores fuerzas a España... si para entonces no quieren la paz los españoles? Y sentencia luego: Acaso se habrían resuelto no pocas cosas si nos hubiera conquistado Bolívar: digo, a nuestros bisabuelos (70).

Esta perduración de la España del Quijote en América, es lo que halló Unamuno en la duradera literatura americana. Unamuno fue el escritor ibero parlante que más hondamente caló en el pensamiento producido desde México a la Argentina. No fue oficio de lector contumaz. Unamuno penetró en el sentido y el destino de las biografías, de las historias, de las novelas. Es posible que aún hoy los intelectuales desconozcan la significación americana de los escritores de fin y comienzo de siglo. Es válida, pues, la afirmación de Rodó, que recoge Unamuno: *Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una u otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana* (71).

En esta visión americana —y española— (72) los halló Miguel de Unamuno. En el ámbito argentino Domingo Faustino Sarmiento lo secuestró emocionalmente. Mediante la obra literaria de Sarmiento, Unamuno alcanzó la dimen-

la última frase de Bolívar, cuando éste, en sus últimos días, preguntó a su médico si sospechaba quiénes habían sido los tres más insignes majaderos del mundo, y al decirle el médico que no, contestó el Libertador: Los tres grandísimos majaderos hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo! (*Aut. y ob. citds.*, pág. 708).

(70) UNAMUNO, *Don Quijote y Bolívar*. Ensayos. T. II, pág. 709.

(71) *Ob. cit.*, pág. 705.

(72) Como Diego Láinez se llenó de orgullo al ver que su hijo, el Cid, sintiéndose mordido en el dedo por el padre, le amagó un bofetón, así nosotros los españoles deberíamos enorgullecernos de la heroicidad de aquellos hombres frente a las tropas de torpes gobiernos peninsulares, y considerar una gloria de la raza las glorias de las independencias americanas (*Aut. y ob. citds.*, pág. 712).

sión del hombre, del combatiente, del escritor. Fue pues para él la figura más hondamente excepcional de la América del Sur. Lo más naturalmente español —es decir, quijotesco— dentro de la postura antiespañola de Sarmiento.

¿Cómo vio Unamuno esta posición? He aquí sus palabras:

Si algún criollo ha cultivado la manía de atribuir las deficiencias de su casta —o las que parecían tales, aun sin serlo— a la herencia española, fue el que en el campo de la literatura marcó la mayor genialidad, el escritor americano de lengua española que hasta hoy se nos ha mostrado con más robusto y poderoso ingenio y más fecunda originalidad. Claro está que me refiero al argentino Domingo Faustino Sarmiento. Sarmiento habló mal de España siempre que tuvo ocasión de hacerlo, y hasta inventando ocasiones para hacerlo. Y, sin embargo, Sarmiento era profunda y radicalmente español. Sentía, como es común entre los criollos, adoración hacia Francia, y su genio era lo más profundo y radicalmente contrario al genio francés. Lo antiespañol era en él lo pegadizo y externo.

Siempre que leo los ataques de Sarmiento a España y las cosas españolas, y sus excitaciones a sus paisanos para que se despañolizaran, se me viene a las mientes aquel tan sabido verso de Bartrina, que dice:

... Y si habla mal de España, es español.

Porque, en efecto, Sarmiento hablaba mal de España en español, y como los españoles lo hacemos, maldiciendo de nuestra tradición las mismas cosas que de ella maldecimos los españoles y de la misma manera que las maldecimos. Basta leer en sus *Viajes* el relato del que hizo a España en 1846, y se verá cuán hondo y ardiente españolismo trasciende de sus severos juicios respecto de nuestros defectos. Su censura no era la censura que suele ser la de los extranjeros, que ni penetran en nuestro espíritu ni aprecian nuestras virtudes ni nuestros vicios; su censura era la de un hombre de poderosísima inteligencia que sentía en sí mismo lo que en nosotros veía, y que penetraba con amor fraternal en nuestro espíritu (73).

Pocas veces se me aparecen los americanos más radical y profundamente españoles, o si se quiere ibéricos, que cuando, como en el caso del gran Sarmiento, gustan renegar de Espa-

(73) *Sobre la literatura hispanoamericana, Ob. cit.,* pág. 851.

ña. ¡No renegamos acaso de ella siete veces al día los españoles estrictos? (74).

...pero no dejo de comprender la observación del gran argentino (Sarmiento) tan hondamente español (75).

El hombre genial que más en español (Sarmiento), en más castiza habla, habló mal de España sin conocerla (76).

Ya en 1846, cuando vino acá Sarmiento con el "santo propósito", según él mismo lo declaró, de levantar a España "el proceso verbal para fundar una acusación que, como fiscal reconocido ya, tengo que hacerle ante el tribunal de la opinión en América", por donde se ve que el buen Sarmiento pecaba de todo, menos de desprevenido y libre de prejuicios, ya que entonces decía en Madrid a un literato español: "Como allá no leemos libros españoles (lo cual era falso); como ustedes no tienen autores, ni escritores, ni sabios, ni economistas, ni políticos, ni historiadores ni cosa que lo valga; como ustedes aquí y nosotros allá traducimos, nos es absolutamente igual que ustedes escriban de un modo lo traducido y nosotros en otro". Y, sin embargo, nada de esto era entonces ni es hoy cierto (77).

POR ULTIMO

La inmersión de Unamuno en el universo de lo español en América, constituyó una manera de incrustarse en las perdurables esencias de España: fijar, por así decirlo, en la inmodificable espiritualidad hispana el sentimiento altruista que tenía de la vida. Fue un modo de *realizarse*, radicar su fe, sentir el gozo de una existencia prometeica. Los héroes americanos compusieron una historia, plena de sucesos incitantes. Al aproximarse a ellos, Unamuno sintió que sus sueños correspondían, en cierta medida, a sus hazañas. Domingo Faustino Sarmiento condensó —como ninguno— la ansiedad vital de

(74) *Taine, caricaturista. Ob. cit.,* pág. 1137, T. II.

(75) *Naturalidad del énfasis. Ob. cit.,* pág. 497.

(76) Tomado del libro *Sarmiento y Unamuno*, de DARDO CÚNEO. Po-seidón.

(77) *Sobre la literatura hispanoamericana. Ob. cit.,* pág. 870/1.

Unamuno. En la frecuentación de su obra, atisbó Unamuno que Sarmiento lo contuvo idealmente ⁽⁷⁸⁾. Que su genio, su voluntad, su acción le pertenecían. No es el hallazgo de vidas paralelas ⁽⁷⁹⁾. Hubo, sí, una anticipación. En ella, se sumergió Unamuno y la imagen que de Sarmiento nos da, corresponde a la vocación miliciana con que Unamuno perfeccionó su vida de soñador.

Porque Unamuno supo —como lo sentenció León Tolstoy— que *para creer en la inmortalidad se debe vivir una vida mortal*.

Que es, por otra parte, la vida que vivió Sarmiento.

ALBERTO FERNANDES LEYS

55 N° 1453, La Plata

⁽⁷⁸⁾ Unamuno, que de estas cosas del alma entendía mucho, comprendió a Sarmiento y sin duda porque advirtió en el argentino la presencia de un hermano suyo. LUIS DI FILIPPO, *Cinco semblanzas*, pág. 12. Nueva Impresora, Paraná, 1946.

⁽⁷⁹⁾ Los dos fueron hijos de los mismos problemas, que es la paternidad que hace sentir más hermanos a los hermanos. DARDO CÚNEO, *Sarmiento y Unamuno*, pág. 11, Poseidón.

